



REDACCION Y ADMINISTRACION:

O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIJANTE CARICATURISTA:

Víctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año II.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA

Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana, Octubre 8 de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.

Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 48

LA REDACCION DE "JUAN PALOMO"

D. Juan Martinez Villergas.

Cuando la reputacion del escritor público está basada en la inmoralidad, en la difamacion y en el insulto; cuando ese escritor tiene páginas como las del *Tío Camorra* y la denigrante retractacion hecha al general Narvaez; cuando en *El Baile de Piñata* ha osado llamar prostituta á una reina y señora; cuando ha vendido la consecuencia de partido y la dignidad política por un mendrugo de pan; cuando ese escritor ha puesto los piés en las playas cubanas befando á literatos tan distinguidos como Ariza por su novela *Antes y Después*, á poetas tan patriotas como Camprodon, por sus producciones dramáticas, y ridiculizando á los representantes de España, á la primera Autoridad de la Isla, como los generales Concha y Manzano, siquiera sea de un modo embozado; cuando, imprimiendo sus *lamentaciones* en tinta roja, para ser más rojo, ha vilipendiado á ministros tan insignes como el Sr. Ayala, y atacado rudamente al general Caballero de Rodas, para convertirse luego en su servil apologista; cuando se echa una mirada retrospectiva sobre la vida de ese escritor y ni un acto noble se encuentra en ella; todo lo que ese hombre diga carece de autoridad; las personas honradas desprecian sus ataques y le está vedado hablar de honor y de decoro dirigiéndose á caballeros.—Ese escritor á que nos referimos es D. Juan Martinez Villergas; y su no envidiable historia la saben perfectamente cuantos en la Península y en la isla de Cuba le conocen. ¿Cómo, pues, pueden herirnos las calumniosas frases que en el número de *El Moro Muza* correspondiente al 3 del actual nos dirige?

Demasiado comprende el público que personas pundonorosas no deben ha-

cer caso omiso de los ataques de la difamacion; pero júzguese con imparcialidad la situacion en que nos coloca la manera extraña que tiene el Sr. Martinez Villergas de entender las cuestiones de honra. Cuando al Sr. Martinez Villergas se le llama al terreno del honor, rehusa entrar en él,—el Sr. Villergas sabrá por qué— quedándonos solamente el partido de recurrir á medios violentos que nuestra dignidad rechaza.

Respecto á las inculpaciones que nos hace por supuestos agravios á su mujer, nada debemos ni podemos contestar.—Nosotros respetamos sus secretos domésticos y no queremos hacernos eco de las deducciones que los maliciosos pudieran sacar de que el Sr. Villergas se dé por aludido, cuando no se estampan nombres propios, ó bien se habla en general.

El estado á que ha llegado esta polémica en que se han tocado cuestiones de honor, ha hecho necesario que el honor ofendido haya hablado muy alto, como habla siempre entre personas tan honradas como las que figuran en esta redaccion. El traer á cuento la novela de *Los Espadachines* para esquivar satisfacciones que debe dar todo caballero que ha tenido la debilidad de lastimar el honor de otro, es subterfugio pobrísimo en los tiempos que corren. Quien se siente impotente para sostener sus palabras, debe abstenerse de lanzarlas al rostro de los demás. Con hombres que no comprenden á lo que obliga el honor, no cabe más argumento que el del látigo usado por Prim, ó el del desprecio más soberano.—Nosotros optamos por lo último.

Vamos á terminar: cuantas frases calumniosas dirige Martinez Villergas á los redactores de *JUAN PALOMO*, se las arrojamos al rostro, añadiéndole: *¡Traficante literario, difamador de oficio, ladrón de*

honras, pues que intentas robar la nuestra; atrás, y retírate de la sociedad de las personas dignas y pundonorosas!

JUAN ORTEGA Y GIRONES.—FRANCISCO JAVIER RUIZ.—MARIANO RAMIRO.—RAMON ESPINOSA DE LOS MONTEROS.

MENESTRA SEMANAL.

Alguna cosa muy gorda debe haber ocurrido en el cielo. Porque á mí que no me digan que por mero capricho de que haya temporal y de darle la razon al barómetro, cuando se empeña en bajar, se convierta un país entero en aquarium y se quite el disfraz á las que hasta ahora han querido pasar por calles de la Habana cuando no son más que derumbaderos, precipicios y otras *sinvelguenserías*.

Quisiera encontrar palabras, ó mejor dicho, tener cubos con que referir á ustedes lo que ha pasado en estos últimos dias. Y digo tener cubos, porque lo que ha sido á torrentes, necesita relatarse á cántaros ó á toneles, y me quedo corto.

Probaré á explicarme.

Figúrense ustedes colocado sobre nuestras cabezas el mar: una gotita de agua, junto á otra gotita de agua, una ola tras otra ola; que de repente ¡pat! se le dá la orden de descender á marchas dobles y que obedece la orden. ¿Me comprenden ustedes?

Imagínense si nó á todas las suripantas, que en el extranjero esperan que cuaje lo de Yara, suspendidas á cuatro varas sobre las más altas azoteas, y que en este estado reciban la noticia de que se ha perdido una expedicion, ó de que Bembeta, que es el coquito de las damas, se ha quedado tuerto, ó le ha salido en la nariz un bulto del tamaño de un soldado de caballería á caballo. Abarquen ustedes en la imaginacion el llanto que se desprendería de aquellos ojos, y tendrán una idea de la inundacion que hemos atravesado.

Y si estos ejemplos no bastasen para comprender bien las cosas, empapelen ustedes el espacio con números de periódicos carlistas que son... ¡la mar! de desatinos, y échense inmediatamente á nado.

Al ver descender el agua tan rápidamente y en cantidad tan crecida, lo confieso, mi primera idea fué creer que Pancho Aguilera habia muerto y que Dios, compadecido de sus trabajos, le habia perdonado sus culpas, dándole entrada en el cielo. En cuanto él se haya visto allí, decía yo en mis adentros, ya se las habrá compuesto de manera que se vacien todos los estanques, balsas, pozos, algibes, tinajas y botijos que haya en la mansion celestial, para evitarse la vista del agua, que le horroriza. Y ¡ay de nosotros los que estamos aquí abajo!

Luego he sabido que no ha muerto el importante hombre público que bebe... los vientos (cuando no tiene otra cosa) por el triunfo de Cubita libre.

Por el contrario, en vez de morirse, prepara nuevas expediciones que han de venir á nuestras costas, mandadas por Jordan.

¡Jordan! ¿No lo dije? Ese *general* tiene nombre de río, y el Agente desea, á todo trance, quitárselo de encima.

Muchas gentes, al verse empapaditas de agua á todas las horas del día y de la noche, han creído que iban á encontrarse una vegetación espontánea en sus mismos cuerpos.

Algunos esperaban coger coles en las espaldas del caletero, ó plátanos en las orejas del aguador.

Un laborante se figuró que le había salido un meon entre los dos hombros, y era su misma cabeza.

A un terrorista, de esos que los lúnes reparten noticias espeluznantes, como quien reparte sablazos, le pareció que crecía una remolacha en su cara, y lo que veía era su nariz.

Y á todo esto, el agua cayendo á torrentes, y mojado, sin consideración ninguna, lo mismo la choza del pescador que el palacio del magnate.

¡Qué siglo! Hasta en las nubes han penetrado esas ideas niveladoras que hacen á los hombres iguales ante el petróleo.

Porque, no me vengan á mí con cuentos; allí arriba, en esas altas regiones, donde la luna firma sus contratos con el Ayuntamiento para que este ahorre las luces de gas cuando ella *dá la cara* por el alumbrado; allí donde no circulan más valores que los *cuartos* de la susodicha señora, debe haber ocurrido alguna cosa gordísima, alguna irrupción de los miembros de *La Internacional*, algún discurso de Labra, la lectura de un artículo de Ramon Céspedes, algo espantoso; pues, que no me digan, por gusto tan sólo no se convierte un país entero en *aquarium* ni se pone en ridículo á las calles de la Habana, quitándoles la careta y poniendo de manifiesto su estado de miseria.

Y mientras en las nubes suceden todas esas cosas, en la tierra no ocurre nada de particular.

Ni siquiera ha corrido una de esas noticias de sensación que aquí son tan frecuentes, y que tantos estragos producen en el espíritu de las viejas y de las jóvenes timoratas, que huyen despavoridas de una cucaracha y no le temen á un soldado de coraceros, aunque tienda la mano para cogerlas.

Nada, ni una noticia. Ni siquiera se ha dicho que el ex-emperador Napoleon, al frente de toda la caballería del mundo y sus islas adyacentes, trataba de conquistar la república de Andorra.

Ni que D. Carlos VII tiene acampados todos sus ejércitos invencibles en el valle de Josafat.

Ni mucho menos, que en la laguna Estigia se pescan laborantes desengañados.

Nadie se ha ocupado esta semana más que de meterse debajo del paraguas y esperar que pase el chubasco ó que la naturaleza dé á los hombres una forma que sea más adecuada á los tiempos que se estilan.

La forma de rana, por ejemplo, para ir tirando.

La única persona (sin que esto sea adularle) que ha sacado la lengua al aire, para decir algo, ha sido Melchor Agüero, el hombre de las expediciones misteriosas; esa figura que entra ahora de refresco y acaba de aparecer montado en una de las puntas de la estrella solitaria.

Melchor Agüero habló para referirnos todos los lances de esa expedición que tan felizmente desembarcó en las playas de Cuba y de la que nadie ha oído hablar.

El viaje de Melchor está más lleno de peripecias que el de aquel tocayo suyo que se sirvió de una estrella como lazarrillo.

Allá vá la historia:

Se levantó Melchor Agüero una mañana muy temprano, se puso camisa limpia, metió á su hijo en el baul, porque no tenía otra cosa que meter, se fué derecho al puerto con objeto de embarcarse, y *efectivamente*, le habían faltado á la palabra y no estaba allí el buque, ni la madre que lo parió.

Se enfureció tres veces seguidas el buen Melchor, y á poco hizo una entrada el barco para los efectos consiguientes.

Anda que andarás, se pusieron en marcha, cuando de repente se oyó la voz de ¡fuego!

Y dijo Melchor: Fuego dicen y huelo á chamusquina; por ahí se quema algo.

Pero no era algo lo que se quemaba; lo que ardía era el mismo vapor.

Se pusieron las bombas en movimiento, los tripulantes sacaron á relucir todos los rasgos heroicos que llevaban metidos en el baul, y agua por aquí y agua por allá, se apagó el incendio, quedándose sin carbon las carboneras.

Y siguieron la marcha más patriotas que nunca, y más templados que guitarra de barbero.

Y todo hubiese ido con felicidad si no sonara nuevamente la fatídica voz de ¡fuego!

Aquí te quiero, escopeta: los rasgos de valor heroicos estaban ya muy usados; pero con algunos remiendos volvieron á servir, y con la abnegación de que dieron pruebas las tablas que formaban el barco, negándose á ser consumidas por el incendio, se salvó todo menos el honor, y el buque siguió su camino á toda máquina, y eso que en el primer fuego se consumió todo el carbon.

Y llegaron á las playas de Cuba, sí, señor; y el amigo Melchor llegó á tierra y le dió al *Presidente* todo lo que traía para él y sus secuaces.

¡Hossanna! Cubita Libre tuvo un día de regocijo.

Ahora me preguntan ustedes qué número de armas y municiones entraron en la manigua insurrecta?

Ninguno, hombre: Melchor Agüero le traía al *Presidente*... expresiones de los amigos.

Se las dió, y en paz.

JUAN PALOMO.

ARMONIAS POLITICAS.

Lo que hace falta es que ustedes me entiendan, que por escribir mucho y de corrido no ha de quedar.

El tema de mis *armonías* de hoy es tan profundo, que no sé por dónde tomarlo. Como que voy á hablar nada menos que de Honduras y sus vecinos.

Si yo poseyera parte de la ciencia omnisciente que algunos tienen almacenada, archivada y en escabeche, saldría del paso luciendo una erudición completa, aunque un tanto empolvada.

Pero ¡qué he de poseer! Eso sólo se aprende con nuestros reverendos, y yo, cuando más cerca, he estado siempre á tiro de fusil de estos promontorios de ciencia maciza.

Mis conocimientos son superficiales y quebradizos, porque son profanos, de esos que se adquieren en la escuela del mundo, estudiando con conciencia el libro de la razón. Pero es tan poca cosa eso!

Si yo hablo de política, es porque mi audacia no tiene comparación; para tener derecho á ello, se necesita saber latin, y no descender al lenguaje llanote y mundano que yo uso y que dá escalofríos á los que hablan por lo fino y son claraboyas del porvenir, encargadas de tenernos á oscuras al presente.

Hé aquí el tema: se trata de la unificación, amalgama y soldadura de la especie humana en una sola pieza. Me parece que el asunto es gordo. No se piensa en otra cosa donde quiera que hay personas de esas que se toman el trabajo de pensar en algo. La humanidad tiende á conciliarse, fundirse y formar un conjunto homogéneo y compacto, compuesto de partes distintas, representadas por un todo verdadero. Cuestión de doctrina.

Para llevar á cabo la operación de soldar todo lo que anda desunido, á fin de formar esa gran masa multiforme y apretada, de la que ha de comer todo bicho viviente, ya hacen falta estaño y hojalateros.

Nó, los *ojalateros* no escasearán; en Cuba los hay á miles; con sólo estender el brazo se pueden pillar á docenas, por la corbata.

Ya no es sólo Europa el horno donde se cuecen las ideas fusionistas; también América siente una decidida afición á las mezclas, y nada más lógico; ¿qué importa una mezcla más, aunque sea mayúscula, donde hay tantas y de todas clases?

Algunos estados de América, pugnando por unirse, ofrecen un espectáculo tan raro como inesperado; porque ellos supieron aplicar el sistema homeopático á la geografía, dividiéndose y subdividiéndose hasta quedar reducidos á proporciones microscópicas; en su seno está probado que no pueden existir dos hombres de *gobierno* que se entiendan, ni dos vecinos que no se aporreen; por esto lo de su presente unión, atropellada é indivisible, podrá no ser realizable, pero consolador y cristiano sí que lo es desde ahora.

El encargado de echar las soldaduras que unirán por lo pronto á Honduras con el Salvador, es un doctor en el oficio llamado el señor Venero, manantial fecundo de *agua de cerrajas*, con la que hace felices á sus conciudadanos.

Honduras y el Salvador necesitan fusionarse, porque ambas padecen tal indigestión de libertad, que los médicos de cabecera han declarado el peligro que corre la patria.

Y dice el doctor Venero:—Aplicando al Salvador (¡impío!) un emplasto de Honduras, tierra de zarzaparrilla, el Salvador se salva; pues á ello.

Esta es la razón patológica; allá vá la razón política, según el señor Venero:

Unidos los diferentes pueblos que forman la América Central, hermanos por la sangre, aunque nadie lo diría, y que por lo dóciles, movilizados é *industriosos*, son dúctiles y amoldables, tendremos una especie de pisto manchego guisado por el Salvador, que no habrá Dios que le meta el diente; la Confederación americana Central, feto que siento rebullirse en mis entrañas, será la admiración del mundo artístico, ante el cual aparecerá como un trozo de abigarrado mosaico, al que dará vida el blanco importado, el indígena cobrizo y el sufrido negro; sólo el verde, color que se le atribuye á la vergüenza, cuando es de tan mala calidad que se deja comer, se verá excluido del matizado iris de nuestra organización social....

Aquí toma el doctor un polvo, y yo resuello; hay tres compases de espera, y pasados estos, continúa el orador en el uso de la palabra:

—Puesto que vamos á ser grandes, pero muy grandes, fuerza es que seamos generosos, ayudando al género humano á salir de apuros: es seguro que pueblecillos como Guatemala, Nicaragua y otros, á los cuales les sobra toda la libertad que tienen para ser felices, se unirán al Centro americano formado, inventado, empollado y digerido por mí. Es cosa cierta que llegaremos á fundar colonias fusionistas en los Estados Unidos é isla de Cuba, á cuyos desgraciados habitantes perdonaremos la vida.

Como este último período es del género sentimental, el doctor hace un *puchero* y se suena gallardamente con el revés de la mano; luego agrega:

—¿Qué nos hace falta? Nada, porque bien mirado, hasta todos nosotros estamos aquí de sobra; lo que dá una idea muy alta de la abundancia de la tierra, que tiene un Venero en mí y en cada uno de mis barrigoncitos.

Aquí calló el doctor.—Después de semejante discurso, que le den café.

Por supuesto, que como era natural y necesario, el señor Venero amenizó la exposición de su proyecto con saladísimas inventivas contra España, recordando aquellos *ominosos* tiempos de esclavitud, en los que tenían qué comer los pueblos americanos.

Ni hay sermón sin San Agustín ni procesión sin tarasca; en la lucubracion venerea (no hay acento) España, contra la que se dijeron pestes, fué el santo obligado, y el autor del mamotreto fusionista la tarasca.

¿Quién demonio habrá sido el inventor de ese sistema moderno de recíprocas congregaciones, que está haciendo furor?

Tengo para mí que los gemelos de Siam.

Italia se unificó. Y á propósito; ahí tienen ustedes un pueblo al que por galantería se le llama espiritual, que daría algo por no serlo tanto.

Inglaterra también pertenece á las naciones de orden compuesto; los artistas que actualmente se ocupan en calafatear las junturas que dejó el mal ajuste, se llaman *fenianos*.

Alemania se empeña en realizar el egoista *imperium unum* de los romanos, y si no lo consigue, no será por culpa de Mr. Bismark.

Nuestra España, allá en los tiempos bonancibles de Mari-Castañas, también estuvo dividida en pequeños reinos; pero la unión que sobrevino fué de tal consistencia, que no pudo romperla ni el verdadero Napoleon.

De modo que en Europa todas las naciones son de *orden compuesto*. Esto se explica: en política no tienen empleo los *simples*.

Con que quedamos en que la época es de unidad por activa y por pasiva; por tanto, fuerza es defender á todo trance *el número uno*.

Y como esto lo escribo en Cuba, háganme ustedes el favor de no dar á mis palabras una interpretación maliciosa.

JUAN PEREZ.

VERDADES AMARGAS.

Se publica en esta ciudad un periódico que es *vituperable* á los ojos de D. Juan Martínez Villergas.—Ese *vituperio* consiste en que D. Juan Martínez Villergas no quiere consentir que en la Isla de Cuba se publique periódico alguno satírico que no sea el suyo; y de ahí, de esa cuestión de monopolio, de esa *cuestión de estómago*, surgen todas las agresiones, todas las injurias, todos los agravios que D. Juan Martínez Villergas dirige contra D. Alejandro Chao y contra la redacción de JUAN PALOMO.

En el número 40 de *El Moro Musa*, D. Juan Martínez Villergas hace á su antojo la historia de los acontecimientos que ántes de ahora han tenido lugar; y á fin de que no se sorprenda la buena fé del público, me veo en el caso de hacer luz sobre ellos.

D. Juan Martínez Villergas dijo un día, en Octubre de 1868, en su periódico *El Moro Musa*, que se marchaba para España y que *suspendería* su publicación; frase usada siempre en casos semejantes. Parecióme que adquirir dicho periódico ántes que lo matase, era negocio que podía convenirme, y en ese concepto, gestioné su adquisición.—Los propósitos que D. Juan Martínez Villergas tenía al retirarse á Madrid, son de todos conocidos.—A la raíz de la revolución que había desposeído del trono á la última dinastía, creyó que podría hacer valer algunas relaciones, á fin de obtener un destino importante.—Ministro de Ultramar á la sazón el distinguido poeta dramático D. Adelardo López de Ayala, D. Juan Martínez Villergas llegó á creer que su vida anterior, reflejada en sus apostasías políticas, en los venenosos sarcasmos, en los ponzoñosos y sangrientos libelos que siempre supo escribir contra todos los hombres que valían más que él; D. Juan Martínez Villergas, repito, creyó oportuna la ocasión para lograr, bien del Ministro de Ultramar, bien de algun otro, un destino pingüe que le permitiese gozar de las comodidades y del lujo, á que siempre fué aficionado, ó á que le aficionaron las exigencias de sus propios familiares.

Propúsele la cesión de *El Moro Musa*, es decir: del derecho de usar de su título, sirviendo á los suscritores con el periódico que yo publicase, y en ello se convino verbalmente, como una de tantas transacciones que cada día se hacen entre hombres honrados y que saben sostener su palabra. Yo entonces no conocía bien á D. Juan Martínez Villergas, y creí que podía darle entero crédito.

Se convino en que yo le entregaria \$ 510, como adelanto de que me reintegraria haciendo efectivos créditos (que resultaron incobrables en una gran parte) que á su favor tenia *El Moro Musa* por \$ 515-75, y que mientras publicase yo este periódico, le pasaria en Madrid una mesada de \$ 50, (rs. vn. 1,000), cuyas sumas vendrian á ser el verdadero precio de la cesión, venta, ó llámese como quiera.—Pero D. Juan Martínez Villergas me dijo también estas ó parecidas palabras: "Amigo Chao, (entonces era yo su amigo) al público de la Isla de Cuba nadie le conoce más que yo, y sólo yo puedo explotarle. No le demos al negocio carácter de venta; que se crea que yo sigo siendo siempre el *factotum* de *El Moro Musa*, para que la suscripción continúe, y que las mesadas no aparezcan sino como regalo que hace V. á las niñas, ó cosa semejante.—Mas después, cuando yo esté en Madrid tranquilo, arreglarémos lo demás; entretanto, busque V. una persona de su confianza que sirva de editor."—Yo no podía ver en esto una *añagaza*, y Don Cándido Soto y Castro, interesado á la sazón en *La Propaganda Literaria*, y persona de mi confianza, asumió la responsabilidad de editor.—Si D. Juan Martínez Villergas no hubiera pactado conmigo la cesión de *El Moro Musa*, ¿hubiera aceptado como editor de su periódico á un hombre de mi confianza? ¿No hubiera sido más natural que hubiese elegido á uno de sus amigos, de sus dependientes, al mismo D. Martín Aldaz, que estaba encargado de la administración del periódico, y que acepté á sus ruegos para que viniese á mi casa como dependiente? Esto hubiera sido lo natural, lo lógico, si él hubiera seguido siendo dueño de *El Moro Musa*; pero como pasaba á mi dominio, á pesar de las concesiones que yo le hacia, era muy lógico y muy natural que, para inspirarme más confianza, me halagase con esa *dedada de miel*.—Juzgue ahora el público: ¿qué convenia más á D. Juan Martínez Villergas, en su propósito de retirarse á España á descansar sobre sus laureles: *matar* su periódico y conservar un derecho inútil, puesto que no pensaba volver á Cuba, toda vez que daba por seguro que sus planes se realizarían; ó ceder ese derecho, asegurándose en Madrid una renta decente, sin exposición de capital y sin erogación de trabajo, cobrando al propio tiempo, anticipadamente, el importe de unos créditos de difícil realización? Contesten los que conozcan las *condiciones* de D. Juan Martínez Villergas, y contesten también todos los que, en su lugar, hubieran procedido del mismo modo, sin tener sus *condiciones*.

La buena fé con que yo procedía, y hasta el buen concepto en que tenía entonces á D. Juan Martínez Villergas, por lo ménos en negocios de intereses de esa clase, me hicieron ol-

vidar las precauciones que tan útiles son en tales casos: *testigos y documentos*.—Acepté el negocio, uno ó dos días después se embarcaron para España D. Juan Martínez Villergas y su familia, y me dediqué con ahinco á introducir mejoras en *El Moro Musa*.

Desde luego empecé á dar cumplimiento á los compromisos que había adquirido y á pagar religiosamente á D. Juan Martínez Villergas, en Madrid, los \$50 cada mes como *regalo á sus hijas*.

Así pasaron algunos meses, sin que durante ellos obtuviese yo respuesta alguna á mis repetidas reclamaciones para la formalización de lo pactado aquí; entretanto, los cálculos de D. Juan Martínez Villergas habian resultado fallidos. *El Jereñitas*, periódico rojo que fundó, no tuvo aceptación; los gobiernos, las embajadas no parecían; los ministros no tendían su mano protectora, y D. Adelardo López de Ayala fué un *ingrato* que no dió la Intendencia General de Filipinas, ó la embajada de Washington, ni aún siquiera una plaza retribuida en el Consejo de Administración, á su querido amigo D. Juan Martínez Villergas.—*Jereñitas* rebosaba en recriminaciones; *Jereñitas* se lamentaba tristemente de que no se atendieran sus *méritos*; entretanto los fondos concluían, y era menester tomar una determinación, pues no bastaba injuriar al Ministro de Ultramar y á toda la familia de los López Ayala para alcanzar aunque hubiera sido, como en tiempos *moderados*, el Consulado de Haití. Y acabó por exasperarlo su derrota en las elecciones de diputados para las Constituyentes, negándole sus sufragios los electores de Zamora.

Se recordó entonces que aún podía explotarse el público de la Isla de Cuba, y un día de Agosto ó Setiembre de 1869 se entró D. Juan Martínez Villergas por la boca del Morro, muy dispuesto á *reivindicar sus derechos*.—Hubo reclamaciones, hubo demandas, hubo cuanto es de presumir cuando se trata con la *buena fé* con que D. Juan Martínez Villergas procedió conmigo, y ante la *legalidad*, fué la *moralidad* vencida.

Esta es la historia fiel y exacta de lo pasado, y los que deseen conocer otros detalles, pueden acercarse á la calle de O'Reilly, núm. 54, donde estoy dispuesto á dar más pormenores.

Pero no paró en esto: se concibió el pensamiento de establecer otro periódico que llenase el vacío que hace muchos años deja *El Moro Musa* cuando le dirige Don Juan Martínez Villergas, y acogida la idea por algunos amigos, se llevó á cabo. Tomó forma y sér JUAN PALOMO, con gran aceptación por parte del público, y de ahí el odio mortal que desde entonces me juró D. Juan Martínez Villergas.—Más de un ataque embozado; más de uno de esos sarcasmos en que tanto se luce el que un día dijo de la reina Cristina lo que dijo, y eso que era mujer, que era señora, que era reina; y eso que D. Juan Martínez Villergas defiende hoy el honor de las esposas honradas, de las vírgenes castas, de las hermanas queridas, como otras veces también defendió el de la misma reina Cristina; que es muy *dúctil* la pluma de D. Juan Martínez Villergas.

Todo pasó desapercibido para JUAN PALOMO; pero como se trataba para D. Juan Martínez Villergas de una cuestión que he calificado de *estómago*, y su bilis se exacerba tanto cuanto baja en el barómetro la suscripción de *El Moro Musa*, de ahí que habiendo obtenido yo, como otros tantos, una subcolecturía de Loterías, él, que averiguador de vidas ajenas, nunca ha descendido á considerar la suya, encontró motivos en una desgracia, de la que me ha absuelto mi misma conciencia de hombre honrado y me ha vindicado la estimación de mis muchos y buenos amigos, para vilipendiarme y presentarme ante la opinión pública como incapaz moral y legalmente. Entiéndase que esa desgracia la ocasionó la estafa cometida por un dependiente mío, y dejó al buen criterio de los que lean estos renglones, si reduciéndose aquella en su totalidad á una cifra no mayor de 400 ó 500 pesos, era posible suponer ni remotamente mi complicitad cuando entonces manejaba yo intereses de mayor cuantía. Hombre de honor, por más que con miras aviesas é indignas haya D. Juan Martínez Villergas procurado desconceptuarme, traté de obtener de él una satisfacción honrosa, de las que nunca niega un caballero; y aunque tenía motivos para suponer que quien no había sabido sostener la honra de su palabra empeñada, difícil era que hiciese ningún género de sacrificios, yo, para obtener el fin deseado, que era la vindicación de mi honra, puse de mi parte todos los medios que la dignidad aconseja en casos semejantes; pero todo se estrelló contra la *invulnerabilidad* de D. Juan Martínez Villergas, que, constante en su propósito y como si pretendiera gracia quien, como yo, estaba dispuesto á ventilar cuestiones de honra donde hoy por hoy sólo pueden ventilarse, lo hubiera dado todo por bueno y no hubiera seguido *mordiéndome* si hubiera yo influido en que se *matara* á JUAN PALOMO, porque D. Juan Martínez Villergas, para quien las cuestiones de estómago son las primeras y más importantes, á las que todo, todo lo subordina, supone que de ese modo *El Moro Musa* alcanzaría mayor suscripción, conservando el monopolio; pero yo, que no temo los mordiscos de víbora de D. Juan Martínez Villergas, si bien

tenia el deber de satisfacer las exigencias de la opinión pública, hice leales manifestaciones en el remitido que dirigí al Sr. Director de JUAN PALOMO, y que se publicó en el número 47 de este periódico.

De ellas ha tomado pié D. Juan Martínez Villergas para ensañarse nuevamente contra mí en el número de *El Moro Musa* á que ántes he aludido, forjando nuevas y más miserables calumnias: ahora sólo resta que el público sea juez imparcial y dé á cada uno lo que se merece.

Ni una palabra más pensaba estampar aquí para defenderme de los virulentos ataques que D. Juan Martínez Villergas, en su despecho porque existe JUAN PALOMO, se ha permitido dirigirme; pero, sin embargo, hay entre ellos uno, único de que me haré cargo, que no debo dejar pasar desapercibido, no sólo porque prueba hasta dónde pueden llegar los arranques de ese mismo despecho, sino porque envuelve en cierto modo el deseo de hacer solidario en tan ruines proce-deres y manejos al ilustre y nunca bien llorado *mártir de la Pátria*, al denudado Castañón.

Dice D. Juan Martínez Villergas que Gonzalo Castañón, mi íntimo amigo y mi *hombre bueno* en la demanda que aquel estableció para probar que no me había cedido el derecho al título de *El Moro Musa*, le dijo ciertas cosas á él y á uno de sus dependientes, que le hacen creer que el mártir de Cayo Hueso murió conociéndome perfectamente.

Dijo bien Castañón: me conocía perfectamente, y también conocía sin duda á D. Juan Martínez Villergas, y si no le conocía, triste ocasión tuvo entonces para conocerle como capaz de todo, porque distinguido letrado Castañón, al defender mis derechos en aquella célebre demanda, comprendió que sin pruebas yo para justificar un hecho que no tenía más garantías que la palabra empeñada, ante la *legalidad* había de arrastrarse por los suelos la *moralidad* de D. Juan Martínez Villergas.

Por lo demás, es cosa peregrina que don Juan Martínez Villergas venga ahora en cuestión propia á justificar con su testimonio y el de un *dependiente suyo*, el dicho de quien no puede venir á desmentirle; tema, sin embargo, que la sombra veneranda del mártir se levante y proteste airada contra tan torpe y villana acusación! Pero.... ¿qué teme D. Juan Martínez Villergas?....

Si Castañón hubiera podido juzgarme de una manera distinta de la afectuosísima que siempre me justificó pública y privadamente, otras personas de su intimidad, no D. Juan Martínez Villergas y su dependiente, hubieran podido penetrarse de ello.—La siguiente carta, que es testimonio fehaciente y más válido que aquel con que D. Juan Martínez Villergas ha querido sorprender la buena fé del público, y que debo á la rectitud de conciencia de tres dignas personas, de tres hombres honrados, es el *mentís* más completo que puedo arrojar al rostro de D. Juan Martínez Villergas.—Dice así:

Habana y Octubre 4, 1871.

Sr. D. Alejandro Chao.—Muy estimado amigo: acabamos de recibir su apreciable de esta fecha, y satisfaciendo á sus deseos, no tenemos inconveniente alguno en hacer la siguiente manifestación.

Le conocemos á V. de muchos años; fuimos íntimos amigos del nunca bien llorado Castañón, cuya memoria respetamos: conocíamos el afecto que entre ambos existía, y podemos asegurar que nunca oímos á aquel palabra alguna que nos hiciera sospechar que dudaba de V. ni que su estimación para con V. se hubiese entibiado. Nos es difícil, por lo tanto, creer que el mártir de la Pátria había de escoger á D. Juan Martínez Villergas y á su dependiente para comunicarnos lo que á nosotros, más que sus amigos, sus hermanos, ocultaba.

Pueda este testimonio de hombres honrados y veraces vencer á V. de que, á pesar de cuanto diga D. Juan Martínez Villergas, D. Gonzalo Castañón jamás nos manifestó que dejara de ser amigo de D. Alejandro Chao, ni que le considerase indigno de su estimación.

Somos de V. afinos. S. S. O. B. S. M.—Eugenio Arias.—Ventura Olavarría.—José E. Triay.

Las malas pasiones son malas consejeras. Arrebatado D. Juan Martínez Villergas por un ruin sentimiento de envidia y de rencor, ha pretendido difamarme.

Nada me importa: apoyado en mi conciencia, seguiré con la frente levantada mi vida de trabajo y de laboriosidad.—De mí, sólo de mí, depende el pan de mis hijos, y sabré ganarle honradamente.

Ganar el pan honradamente, es una frase contra la que se rebela el espíritu de D. Juan Martínez Villergas y que por su gusto se borraría de todos los labios pundonorosos: por eso creo que seguirá en su propósito de ofenderme, pues nadie ignora que de él partió la primera agresión. Creer lo contrario, sería esperar que el escorpión perdiera su ponzoña.

Vomite el veneno que quiera D. Juan Martínez Villergas, no volveré á hacerme cargo de sus diatribas: el más profundo desprecio será mi respuesta. Cada uno de nosotros tiene el camino marcado en el mundo. Yo, el que sigue el hombre honrado: D. Juan Martínez Villergas, el de la serpiente venenosa y repugnante.

ALEJANDRO CHAO.



I.A MISION DE BEMBETA.

—Con qué nada de dinero?

—Nada. He aquí el único tributo que los emigrados de Paris envian a su vice-presidente.



ROMA.—Todo está bien; pero yo no puedo ponerme estos dos sombreros a un tiempo: no caben en mi cabeza. ¿Con cuál me quedaré?



Dicen que las mormonas han recibido fusiles y que se arman á toda prisa. ¡Infelices de los hombres si se empeñan en tener cada una diez maridos, segun su ley!



—Por Dios, D. Guillermo! tambien le gustan á V. de esa edad? Es V. un D. Juan Tenorio! Mire que ya esta muy viejo para esas bromas.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 21 DE SEPTIEMBRE.

Grandes planes se maduran,
muchos proyectos se trazan,
largos discursos se aprenden,
fuertes vítores se ensayan,
mil festejos se disponen,
grandes cosas se preparan,
que el diez de Octubre se acerca,
y esa fecha celebrada
es tercer aniversario
de aquel rebuzno de marras,
y hay que celebrar el eco
con jaleo y algazara,
con bullicio y con gran pompa,
con regocijo y con zambra.

Cárlos Manuel ha dispuesto
que se gaste mucha plata,
[y si la Agencia no tiene,
que vaya á pedirla á Aldama]
para celebrar con fústo
fiesta de tanta importancia,
y que se celebre aquí,
porque está muy ocupada
la gente allá en la manigua,
andando á salto de mata,
y le basta que aquí sea,
pués para él todo es patria.

Y á fin de hacer más solemne
esta fiesta señalada,
con un acto muy ruidoso
que le dé renombre y fama,
ha enviado Cárlos Manuel
á Aguilera una proclama
para que ese mismo día
con repique de campanas
y redoble de tambores,
fuegos de artificio, salvas,
y hasta al son de la *marimba*
la lea aquí en voz muy alta.
Esa proclama contiene
estas sublimes palabras:

"Yo, Cárlos Manuel primero,
"descendiente del rey Wamba,
"Presidente Ejecutivo
"de Repúblicas non-natas,
"á todos los españoles
"de Europa, América y Asia,
"concedo plena AMNISTIA
"y absolución de sus faltas.
"Pardono á tutti. Ya pueden
"volver con toda confianza
"á Cuba Libre, seguros
"que nadie les dirá nada."

Terminada la lectura,
habrá completa *guasanga*,
y hasta una *banca fullera*
Pancho y Frasquito preparan,
[á pesar que los *burritos*
están en preponderancia,
desde que *Felillo* supo
llevarlos en la vanguardia].
Para asistir á la fiesta
Bembeta vino de Francia,
y al pernilito se espera
en la próxima semana.
Bailarán un rigodon
los cuatro héroes de la causa,
los generales Jordan,
Ryan, Bembeta y Quesada.
Bailarán un minué
Mestre, Echevarría, Aldama
con Bravo, Aguilera y Céspedes,
los tres vestidos de damas.
Quesada y su ex-secretario
representarán el drama
"A un cobarde otro mayor,"
y harán un asalto de armas
en que los dos usarán
las lenguas en vez de espadas.
Aguilera hará la suerte
de apurar dos damajuanas
de coñac en dos minutos,
y un vaso de rom de *ñapa*.
Castillo saldrá con moño,
malakoff y tres enaguas,
mantilla de raso negro,
zapatillas escotadas;
y cantará la Cachucha.

ó bien las ventas de Cárdenas.
Habrá *guateque*, y Emilia,
la bella samaritana,
bailará el zapateado
con Frasquito el de una pata,
aunque Rosario celosa
se muerda el puño de rabia.
Para fin de fiesta, un coro
de entusiastas suripantas
nos cantará á voz en cuello
las obligadas *guarachas*.

Y en *delsos* muy lastimeros
lucirán toda su gracia
esos sinsentes con ligas,
dos Rositas marchitadas,
una *Blanca* muy oscura,
una *Aurora* muy nublada,
una *Luz* casi extinguida,
una *Concha* sin sustancia,
una *Dolores*.... de embargos,
una *Paula* que es muy maula,
una *Chuchita* faldera,
una *Flora* sin fragancia,
una *Minima* casera,
una *Estrella* algo estrellada
[que usa *sayas* por más señas]
y una *Patricia* sin patria.

Repartirá la *sambumbia*
una *América* pintada,
muy nerviosa, que aún le dura
el susto de cierto drama
que la infeliz presencié
en un teatro de la Habana.
Y terminado el refresco,
una *Magdalena* airada,
que el averno ha vomitado,
que no quiere ser cristiana
ni quiere hacer penitencia,
ni arrepentirse, ni nada;
más chillona que una novia,
suripanta exagerada,
que quisiera ser más negra
que una mora, ántes que blanca,
por no tener en sus venas
sangre de española raza;
que no quiere que la llamen
doña, sino *ciudadana*,
ó bien *mistress*, que en inglés
significa cosas varias;
saldrá á apagar los candiles
y pondrá fin á la zambra,
cual yo depongo la pluma
y pongo fin á esta carta.

JOHN BULL.

PUERTO RICO, 13 DE SEPTIEMBRE.

Temo que esta no llegue á tus manos como otras no han llegado, porque hay aquí en el correo ciertas sinuosidades, ciertas grietas por donde con la mayor facilidad y por arte de birli-birloque desaparecen las cartas que vienen y van, sin que vuelva á saberse su paradero. La cosa no es original, pero en cambio es bastante detestable esa operación sin instrumentos químicos.

Los laborantes y comparsa afectan tener grandes simpatías al gobierno radical y se deshacen en elogios; pero es como la risa del conejo, como si dijéramos, de dientes para afuera, porque se les ha indigestado, y cada día más se les indigesta la actitud resuelta y decidida del Gobierno, de no hacer ni aún intentar nada en estos países mientras dure la guerra de Cuba y aquí exista la agitación que se observa. No creas que es agitación como preludio de la acción; aquí son muy diferentes, muy laborantes, pero desde lejos, sin arriesgar el pellejo, que por lo visto estiman en mucho. La agitación es la propaganda anti-española, que desgraciadamente tanto ha cundido en todas partes, con el hipócrita velo de las reformas.

¿En qué consiste que ya no hay piedras ni bullicios y todo ha entrado en una paz octaviana? Pues la causa de ello no es otra que haber visto los muñidores que se les ha enseñado los dientes, no en broma, sino de veras, la persuasión en que están de que si se reprodujeran las grotescas escenas anteriores, se hacía justicia seca, tal vez un poco á la italiana; pero justicia instantánea y segura.

Mira, PALOMO, los decretos sobre Diputación provincial y electoral nos han puesto poco menos que á los pies de los caballos, porque ya sabes tú cuál ha sido el resultado práctico de todo ello; si las elecciones municipales se realizan con la actual legislación, entonces nos habremos lucido por completo: ni un español saldrá en ninguna parte, ni aún por casualidad, y no dejaremos de ver alguno que otro alcalde y varios concejales de color de ébano, cosa que no hará daño para la perspectiva, porque romperá la monotonía de la cara blanca. En serio, muy en serio te digo, te ruego y te conjuro, que tú con tus sartenes y demás instrumentos culinarios clames sin cesar porque se retire el susodicho decreto, sustituyéndole con otro que no nos deje derrengados, en el cual desaparezca el sufragio universal, pócima endiablada que no puede menos aquí de ser venenosa; y además, pide el apoyo de tus colegas, que de seguro no te será negado. Mira que esto es vital, mira que esto urge, y que vale más precaver que tener que remediar.

Se levantó la previa censura que se había restablecido, aunque transitoriamente; afortunadamente para el buen sentido no se ha vuelto á publicar *La Araña*, y los periódicos tienen la debida moderación.

Han llegado el Capitan general, Sr. Gomez Pulido, y el Segundo Cabo, Sr. Enile, quienes han tomado posesion de sus respectivos puestos. Parece que el general Baldrich marchará á Europa el 27, y el brigadier Izquierdo irá por la Habana. Si tampoco recibes esta carta, buen provecho los que se la engullan, pero sabré que se han engullido otra más, porque lo de evaporarse no es cosa fácil.

Vuestro cofrade

JUANITO.

BOCETOS Á LA PLUMA.

SANCHEZ RUANO.

Hace poco, muy poco tiempo, los periódicos de Madrid nos hablaban de un lance ocurrido en el salon de conferencias del Congreso entre un diputado y un ex-constituyente.

Cuestionaban sobre las cosas de Cuba, y el segundo se atrevió á defender á los insurrectos, por lo cual recibió muy severas recriminaciones de su contigante.

La polémica se fué agravando hasta el punto de que el joven y honrado patriota, el defensor de nuestra causa, llegó á sacudir dos palos al ex-constituyente.

Era aquel el fogoso orador Sanchez Ruano, y éste el coronel Padial, elegido ahora otra vez representante de Puerto Rico en las Cortes españolas.

Se pactó un duelo, y en él quiso la Providencia sacar á salvo la vida del que la exponía por no consentir que se insultase el nombre de su patria.

Mas por escaso tiempo ha latido aquel corazon generoso, pues á los pocos días de estos sucesos cayó mortalmente herido por una cruel enfermedad que acaba de arrebatarlo del mundo á los 30 años, no cumplidos, de edad, y entre las lágrimas de todos los hombres honrados, sin distincion de partidos políticos.

Los españoles de aquende los mares le debemos un recuerdo cariñoso, una oracion, un testimonio vivo de gratitud por su arrojo en pró de nuestra santa causa, y JUAN PALOMO cree cumplir con parte de esta obligacion, y juzga hacer un servicio á sus lectores colocando en esta galería el boceto á la pluma del inolvidable diputado republicano.

Porque era republicano; pero sensato, enemigo de las exageraciones, hombre de orden, de conciencia intachable y antagonista acérrimo de los federales, á los cuales zahería en todos sus discursos; pues Sanchez Ruano soñaba en el ideal de una república unitaria.

Don Julian Sanchez Ruano nació el 27 de Enero de 1842 en la villa de Morñigo, cerca de Salamanca, patria del célebre humanista Sanchez Barbero, cuyo docto varon figura entre los ascendientes del malogrado joven.

Era su familia humildísima, pero se proporcionó recursos para darle carrera literaria, la cual emprendió en Salamanca, en cuya historia universitaria estudió á un mismo tiempo las carreras de derecho, de filosofia y letras.

No era Sanchez Ruano de los hombres que necesitan estímulo para el estudio; pero indudablemente se reanimaría su espíritu y se ensancharía su inteligencia al respirar en los ámbitos de aquel venerado templo del saber. Las aulas de donde salieron tantos raudales de ciencia en los tiempos en que pensaba sobre las generaciones la abrumadora carga de la ignorancia; el sitio desde el cual dirigía su voz á la juventud el insigne fray Luis de León, son incentivo bastante para despertar el carácter más apático, el talento más dormido.

A causa de no poder hacerse en los establecimientos de provincias la licenciatura en filosofia, se trasladó á Madrid para adquirir aquel grado en la Universidad Central.

A los pocos meses de residir en la Corte, fué elegido secretario del célebre Círculo filosófico. Fué redactor de *La Democracia*, de cuyo periódico se separó, dando ocasion con ello á una ruidosa polémica.

Para probar de un modo concluyente lo que valía el señor Sanchez Ruano, baste decir que en el tiempo en que, como notable estudiante, visitaba las aulas, escribió varias obras dignas de la pluma de un docto y consumado escritor.

He aquí sus títulos:

*Del socialismo en España, segun la ciencia política.**Desagravio filosófico, ó sea crítica imparcial de un libro de texto.**Doña Olivia Sabuco de Naves, escritora ilustre del siglo XVI. Su vida, sus obras, sus filosofías, y su mérito literario.**Estudios críticos.**Fuero de Salamanca [hasta ahora inédita] con ilustraciones y notas, y precedido de un curso preliminar.*

Tales trabajos literarios, con sólo enunciarlos, aparecen impropios de un estudiante, por aventajado que fuera.

Los sucesos políticos de Junio de 1866 lo encontraron el frente de la dirección del periódico *El Pueblo*, y como tal, era demasiado conocido para que no llegara hasta él la mano del gobierno, que tomó una actitud enérgica y decidida contra todos los que patrocinaron aquella rebelión. Inscrito Sanchez

Ruano en una lista de sospechosos, hubiera sido, indudablemente, deportado si la amistad e influencia de algunos hombres de la union liberal no le hubieran evitado este golpe. Por consejo de aquellos, se trasladó á Salamanca, donde se dedicó á su profesion de abogado.

Allí creó un periódico titulado *Adelante*, y fundó una Academia de Jurisprudencia.

Al estallar el movimiento revolucionario de 1867, la autoridad gubernativa de Salamanca fijó su vista en Sanchez Ruano y le mandó prender; pero se cuenta que don Severo Catalina, ministro á la sazón, impidió que se le molestase en lo más mínimo, porque desde que fué discípulo suyo le conservaba grande afecto por su buen carácter y excelente disposicion.

Iba empeorándose por momentos la situacion del país, en el cual se preparaba el destronamiento de los Borbones, y la conocida actitud política de Sanchez Ruano, la circunstancia de haberle interceptado la correspondencia, y una dura reyer-ta tenida con el gobernador por las atroces multas que imponía á su periódico, le pusieron en la necesidad de fugarse. Unos dicen que permaneció constantemente en Portugal, mientras aseguraban otros que iba á su casa con alguna frecuencia, no sin conocimiento de tal ó cual persona influyente de aquella capital. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el 29 de Setiembre, al estallar la revolucion, se hallaba en Salamanca.

Entusiasmado el pueblo ese dia, condujo en triunfo á Sanchez Ruano al sitio donde se instaló la junta revolucionaria, de la cual obtuvo el nombramiento de secretario.

Trasladado después á Madrid, empezó á figurar en los altos círculos y á ser considerado como una entidad política. El Gobierno Provisional le instó repetidas veces para que aceptara un puesto importante en la nueva situacion: todo fué inútil; lo único á que aspiraba Sanchez Ruano era á ser diputado á Cortes, y en efecto, su provincia lo eligió para la Cámara Constituyente, y en ella fué elevado al puesto de secretario contra su expresa voluntad.

Su posicion en la Asamblea era especial: sin compromisos políticos que lo ligasen á ninguna fraccion, sólo, levantando por su cuenta la bandera unitaria, con recto criterio é imparcial juicio, á todos los partidos media con igual rasero, á todos les sacaba á relucir sus defectos. Así es que después de un discurso de Sanchez Ruano, todos los grupos del Congreso quedaban igualmente magullados y heridos en su parte más débil.

Le cupo la suerte de inaugurar el debate más importante que ha habido desde la revolucion acá; el del proyecto de Constitucion, y en él apareció el orador con toda la integridad de su mérito, adornado con todos los atavíos que la naturaleza y su aplicacion le habian administrado.

Siendo secretario de las Cortes Constituyentes, contrajo matrimonio en Salamanca con una señorita de una de las familias más distinguidas y bien acomodadas de aquella ciudad. Este enlace vino á dar á su espíritu la tranquilidad y firmeza que necesitaba para llevar á cabo las más atrevidas empresas. Seguro ya del porvenir, considerado por sus adversarios, temido y respetado por todos, teniendo en su juventud la esperanza de una larga vida, podía creer Sanchez Ruano que habia vencido todas las dificultades que siempre se oponen á la grandeza de un jóven que no cuenta con la posicion que dá el nacimiento ó la fortuna.

La provincia de Salamanca lo eligió nuevamente diputado para las actuales Cortes, y en ellas continuó su campaña política con más vigor, si cabe, que en las anteriores.

En cuanto se vió acometido de la cruel enfermedad que lo ha llevado al sepulcro, llamó en su auxilio los consuelos de la religion, que recibió con el fervor de un hombre piadoso y creyente, siendo su muerte la del justo.

¡Seale la tierra leve!

JUAN CUALQUIERA.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

XXI.

La primera noche creí volverme loco. Pues qué, ¿no habia motivo bastante para perder la razon en la confianza que me habia hecho don Ruperto Casamayor?—Amaba á Adelina de una manera enteramente nueva para mí, con una intensidad que me asustaba, y no podia ocultárseme que la actitud de sus padres respecto á la causa de España, que tenia en agitacion los ánimos de toda la ciudad, habia de ser causa de disgustos que más adivinaba que comprendia. Así, en la lucha del deber con el amor, unas veces me decidia á romper todo lazo con la familia, aunque hubiera de matar mi corazon, y otras triunfaba este, decidiendo valerme de cuantos medios me sugiriera la imaginacion para convencer á Adelina; pero pronto el desaliento me avisaba que era difícil empresa, y que entre

tanto, estaba siendo yo el blanco de las murmuraciones de los leales, que me veian frecuentar una casa sospechosa. ¿No le parece á usted que la lucha era de prueba para un alma tan ardiente y para un corazon tan jóven?

Creo haber dicho á usted, amigo don Juan, que un oficial de mi compañía, con quien habia entablado íntima relaciones de afecto, y que ya no existe, víctima del plomo enemigo, al verme salir una noche de casa de D. Gonzalo, me habia avisado del peligro que corria; y acordándome de sus palabras, por la mañana enderecé los pasos hácia su alojamiento con objeto de consultar con él lo que debia hacer en la tribulacion que me traía azorado. Encontréle todavia en la cama, y no vacilé en despertarlo, diciendo:

—Levántate, Julian.

—¿Qué es eso? me preguntó despezándose; ¿están ahí ya los mamibises?

—Todavía nó: pero tengo que hablar contigo; necesito de los consejos de un amigo leal.

—No creo que haya nada escrito para obligar al hombre á dar consejos en determinada postura; así, querido Félix, habla sin temor, pues la almohada me ayudará á sacarte del apuro en que te encuentras, y que casi adivino.

—¿Tú?

—Por supuesto. Cuando un hombre está enamorado como tú, ya se sabe de lo que tiene que hablar.

—Hay algo más.

—Tambien lo adivino. Cuando un hombre se empeña en marchar contra la corriente, claro es que su apuro no puede ser más que el medio de salvarse del peligro que corre.

—¡Cabal! exclamé con exaltacion.

—¿Por qué te empeñas en ahogarte?

—Porque amo á Adelina con una ceguera que me impide ver nada.

—Y no son solamente tus ojos los que se han cerrado, sino tambien tus orejas, puesto que no oyes lo que de tí se murmura entre tus compañeros, y lo peor, en el círculo de la ciudad, donde, como no te conocen, se atreven á dudar de tu lealtad.

—¿De mi lealtad? ¿Qué dicen de mí?

—Debes suponerlo. Hace mucho tiempo que la familia Casamayor está señalada como sospechosa por sus ideas anti-españolas, y no puede ménos dellamar la atencion que un oficial de nuestro ejército entre y salga en su casa; en una casa donde probablemente se pronunciará la opinion contra nosotros.

—Puedo asegurarte, por la salvacion de mi madre, querido Julian, que ni una sola palabra se ha pronunciado en mi presencia que lastime el honor de mi pabellón.

—Es natural; se reservarán de tí; pero en su conciencia...

—En ese terreno no me es dado penetrar; en cuanto á Adelina...

—Pensaré lo mismo que sus padres; pero en sus cálculos ha de entrar engañarte.

—¿Engañarme? ¡Nunca!

—¡Pobre Félix! exclamó el oficial riéndose. ¿A esas alturas se halla tu credulidad en materia de amores? ¡No puedes negar que posees el candor de los primeros años!

—¿Adelina optará siempre por mí!

—¡Quiera Dios que no te engañes! Lo único que deseo, por tu bien y para tranquilidad de los que estimamos tus excelentes prendas, es que examines mucho el terreno donde coloques el pié, porque si llegas á dar un resbalón, no pararás hasta precipitarte en un abismo, de donde no podrémos ni te quereremos sacar.

—Los que nacimos leales, leales moriremos! exclamé con exaltacion y casi ofendido de las duras frases de mi digno y malogrado compañero, que en aquella cuestion veía más claro que yo, porque no tenia vendados los ojos por el pérfido Cupido.

—¡Mucho ojo, Félix! me replico. El coronel te vigila, y no sería extraño que te llamara al órden, como se dice vulgarmente.

—¿A mí? ¡Nunca!

—Las mujeres son capaces de todo; acuérdate de Marco Antonio, que era soldado como tú, y por Cleopatra desertó de sus banderas, dejando á la historia un nombre escrito en una página manchada.

—¡Yo no soy Marco Antonio!

—Pero eres Félix Pacheco, me dijo el oficial riéndose, y temo que Adelina ejerza sobre tí tanta influencia como Cleopatra sobre aquel bravo militar.

—¡No es posible!

Al lanzar esta exclamacion, habia sentido helada en mis venas toda la sangre; y es fácil comprender la causa de tan violento trastorno: ¡tenia miedo á Adelina, por más que estuviera seguro de mi lealtad!

Julian se levantó de la cama para acompañarme hasta la puerta, haciéndome muchas atinadas reflexiones que me desconcertaron hasta el punto de que hubo momentos en que cogí la pluma, resuelto á escribir á Adelina para explicarle lo que me pasaba y cortar con ella toda clase de comunicaciones, único medio de rehabilitarme y de recobrar la perdida calma;

pero, por desgracia, poseia de ella un retrato fotográfico, y en cuanto fijaba los ojos en aquellas facciones tan bellas, se me caia la pluma de las manos, no teniendo frases que trasladar al papel, y no encontrándome con fuerzas para provocar un rompimiento que me amenazaba con sus consecuencias, terroríficas para el alma de un hombre apasionado.

El retrato triunfó de mis vacilaciones; por la noche, no me acordaba de los peligros que corria, ni de las habillitas de los habitantes de la ciudad, ni de la vigilancia del coronel, ni de las palabras demasiado significativas de don Ruperto Casamayor; de nada me acordaba; sólo veia la tarjeta que me presentaba la cara de Adelina, y en la ofuscacion de mis sentidos, me parecia que sus ojos me atraian, asegurándome que nada tenia que temer, y que sería un cobarde si retrocedia ante las barreras que querian ponerme para que no me acercara á ella. El retrato triunfó, y corrí en busca del original.

Andaban aquella tarde los ánimos muy levantados á consecuencia de las noticias que corrian; la revolucion habia tomado incremento, y como la ciudad se veia estrechada por el bloqueo, aumentábanse los temores, crecian las sospechas, y las miradas se fijaban más en cada uno de los individuos que se creia estaban en contacto con los rebeldes de afuera; empezaba la guerra de conciencia, que es la más terrible, por lo mismo que se presenta solapada, y así no me extrañó ver algunas personas en las calles, que me hicieron preguntas insidiosas y que torcian el gesto al conocer que me dirigía á casa de don Gonzalo.

Aquellas demostraciones me hirieron profundamente, haciéndome conocer la verdad de los leales consejos de mi compañero Julian; y aseguro á usted que me detuve algunos instantes á la puerta de aquella casa maldita, sin atreverme á entrar; pero en la ventana se dibujó el perfil de Adelina, y ya no habia lugar á vacilaciones; si el diablo me hubiera esperado dentro, con todos los tizonés del infierno y con las calderas de Pedro Botero, hubiera hecho lo que hice entonces; penetrar con firme paso en la sala, sin que la distancia que habia desde la calle, atravesando por el zaguan y el comedor, me enfriaran el ardor del espíritu. ¡Estaba escrito! como dicen los fatalistas; y creo que nadie rinde verdadero culto al fatalismo como los enamorados; para ellos no hay más que la atraccion, pues ninguno cree en el acaso.

El aspecto de la sala hubiera sido imponente para otro hombre ménos decidido, porque era preciso ser poco conocedor del mundo para no adivinar que algo grave habia pasado en aquel sitio; mi corazon latió con fuerza á impulsos de horribles presentimientos; y mis temores no eran infundados. Apenas clavé los ojos en los de Adelina, vi en ellos la huella profunda de las lágrimas. ¿Qué habria acongojado así á mi amada? Y lo que más me impresionó fué la presencia de doña Casiana, porque me impedía tener una explicacion con su hija; pero mi incertidumbre no debia durar mucho tiempo, pues habia llegado el momento de que se despejara el horizonte de las dudas, presentándose el cielo de nuestro amor con todas las nubes negras, precursoras de una tempestad de s hecha.

Don Gonzalo dormia tranquilamente en su mecedora, sin duda por órden de su mujer, pues su hermano habia dicho una gran verdad al asegurar que estaba supeditado á la voluntad de la tuerta; el marido, pues, no estorbaba á los planes de la esposa.

Apenas me acerqué á Adelina, demostrando en la mirada mi sorpresa por su estado, la pobre niña bajó los ojos, dándome á entender que le habian prohibido hacerme confianzas; quedéme contemplándola en silencio, y no sé el tiempo que hubiera durado aquella escena muda, sin el auxilio de doña Casiana, que se levantó, y cogiéndome por la mano, me dijo:

—¿Lee usted algo en la fisonomía de Adelina? ¿no es cierto?

—Sí, señora, contesté con profunda ansiedad; y si fuera usted tan buena que me explicara...

—¿Explicaciones? ... me interrumpió la tuerta, mirándome con la fijeza de aquel ojo que valia por los ciento de Argos. Nada deseo tanto como entrar en explicaciones con usted, para que lleguemos á entendernos.

—¿Y cuándo, señora?...

—Ahora mismo, caballero Pacheco.

—Espero con impaciencia lo que tiene usted que decirme. —Felizmente, Gonzalo duerme, y Adelina no nos estorbará, porque puede ir á su cuarto á esperar que la llame.

—Es cosa que Adelina debe ignorar?

—Los secretos bien guardados se depositan en pocas personas, por más confianza que estas inspiren. Vete, hija mia, que pronto despachamos. Pacheco y yo nos entenderémos en seguida.

Adelina salió, y me senté junto á doña Casiana con el alma en los oídos para no perder una sola de sus palabras.

Hé aquí lo que pasó entre nosotros.

(Continuará.)

JUAN SIN TIERRA.

A UNA GITANA.

Dime, gitanilla,
la bella gitana,
la de vida errante
cual ave del Africa:
la maga hechicera
de ardientes miradas,
cuya luz disipa
las sombras del alma;
di, ¿por qué en la noche
azulada y diáfana
suspiros tan tristes
se escapan del alma?
Si escucho los trinos
con que en la enramada,
la tierna avecilla
sus amores canta;
si veo del río
las ondas rizadas,
que siguen su curso
murmurando plácidas;
si admiro del zénit
la serena calma,
¿por qué, gitanilla,
mi dulce gitana,
suspiros tan tristes
se escapan del alma?

No quieres decírmelo?
¿me dejas? ¡ingrata!
¡Tu desden se lleva
mi dulce esperanza!
Mas.... calla! adivino,
hechicera maga,
que de mis suspiros
Amor es la causa.
Si escucho los trinos
con que en la enramada,
la tierna avecilla
sus amores canta:
si veo del río
las ondas rizadas
que siguen su curso
murmurando plácidas:
si admiro del zénit
la serena calma,
allí, en todas partes
el alma extasiada
vé de mis amores,
á la virgen casta.
¡Es verdad! por eso,
por eso, gitana,
suspiros tan tristes
se escapan del alma.

RAFAEL VILLA.

SARTENAZOS.

Lo que es la costumbre.
Todavía no se ha convencido Napoleón de que ya no es emperador, ó lo que es igual, representante del orden; digo lo porque acaba de soltar un puñado de cuartos para que el orden... se altere.

Esto se llama consecuencia perruna.
Por supuesto que él se dirá para su capote: Yo soy cuanto de legítimo, sano y sin tachas se puede pedir por la boca; mas por si alguno de mis súbditos no cree lo mismo, allá van unos cuantos millones de razones convincentes, bajo la seductora forma de monedas de cinco francos. Este es el mejor modo de hacer triunfar la verdad que yo necesito.

¿Tendrá razón?
Averíguelo Vargas; por lo pronto él paga, aunque á reserva.

El día que le tocara cobrar, ni el diluvio!

¡Cuidado que llueve estos días, caballeros!

—¿En qué consistirá esa esplendidez de las nubes?
—En la marcha de Pancho Aguilera á Nueva York, hombre. Antes el agua no se atrevía á penetrar en la Isla, porque en aquel sujeto tenia un enemigo formidable; pero ahora... ancha es Castilla!

La República, periódico mambí de los más tontitos, ofrece varios regalos á sus suscritores.

Pero no empezarán á repartirse los regalos hasta que cuente con mil abonados.

¡Echese usted á cavilar!

Ya tiene trece suscritores y medio. Se cree que el primer regalo que hará ha de ser los cordones de la trompeta del Juicio.

Para entónces se calcula que ya tendrá los mil consabidos.

APUNTES PARA UN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

Leche.—El pretexto de los lecheros para vender agua.

Legua.—Metro de los versos con que muchos autores tratan de perpetrar los natales de sus novias.

Legumbres.—La moneda falsa que recibe el estómago.

Lengua.—La tijera de los envidiosos.—El cañon Krupp de los laborantes.

Libro.—¡Lo que no se compra ni por un ojo de la cara!

Liquidarse.—Verbo que hemos conjugado de lo lindo, durante estos últimos meses, en la isla de Cuba y estancias limítrofes.

Lisonja.—La toalla de que nos servimos para limpiar el sudor al potentado.

Lila.—D. Pancho Aguilera.

Liga.—Una cosa que pega..... bocados, y de la que es secretaria doña Emilia, aunque sea malo señalar.

El único periódico mambí que ha quedado en pié, aunque tambaleándose, saca una consecuencia peregrina.

En estos dos últimos meses, dice, nada hemos sabido de lo que haya ocurrido en la insurrección, lo cual es prueba de que Cubita Libre sigue triunfando.

No tiene remedio: cuando usted no tenga noticias de su familia, lo ménos es que le ha caído la lotería á su abuelo.

Juan Perez se queja amargamente de que sus anteriores Amonías hayan aparecido con notables erratas que trastornan el sentido de la frase.

“Significación” le pusieron donde él escribió bien claro *mistificación*: por *comen* se lee “lamen,” que no es lo mismo, y “moralidad” por *mortalidad*.

Aquí una etcétera.

¿Creerán ustedes lo que voy á decir?
Cuidado que no salgo responsable de la noticia.

Cuéntase que hace poco el príncipe de Bismark se hizo cortar el cabello en Francfort, y el peluquero que se lo cortó es ya bastante rico para poder vivir sin trabajar.

Ha vendido en pequeñas porciones y á un precio elevadísimo, el cabello del canciller á las señoras de Francfort, que llevan en medallones *ad hoc* este recuerdo del hombre que acabó con la independencia de su ciudad hace apenas cinco años.

Los maridos de esas señoras, podrán decir con razon que se han encontrado un pelo en el más rico manjar de su casa. Eh?

Existe en Lóndres un colegio perfectamente montado, donde se enseña á pedir limosna. En este notable establecimiento se enseña á la perfección la manera de hacer llagas, de hincharse las piernas, de poner las caras cadavéricas, de ir cojos, de ser mancos, ciegos, tullidos, y en una palabra, de mostrarse ante el público de una manera deforme, sin sufrir lo más mínimo el mendigo.

Por regla general, en este colegio se cuentan siempre de 350 á 400 alumnos, y el tiempo que necesitan para estar en disposición de presentarse ante el ilustrado público londonense es de tres meses. De manera que cada año arroja sobre Lóndres 1,200 industriales estropeados.

Podíamos establecer aquí un colegio para aprender á no pagar á los ingleses.

¡Me hago tuestos! ¡Cuántos alumnos habria....!

Gonzalez Brabo ha fallecido. Si no fuera porque maliciosamente se dice por ahí que no hay cosa como morirse para ser hombre de bien, yo diria que, prescindiendo de mezquinos antagonismos de partido, que se detienen á los bordes de la tumba, Gonzalez Brabo era un ilustre español; hombre de gran talento y dotado de fácil y elocuente palabra.

JUAN PALOMO hace siempre justicia hasta á sus contrarios políticos, porque priva de leal y caballero.

No todos pueden decir lo mismo.

Pues que rabien.

La tercera compañía del Segundo Batallon del Regimiento Voluntarios de Artillería de esta ciudad, acaba de dar en los días 17 y 18 de este mes, un brillante paseo militar hasta el pueblo de Artemisa.

Misas de campaña, banderas, colgaduras, músicas, banquetes, brindis en prosa y en verso, animación y alegría, muchas bellas amenizando la patriótica fiesta y la más fraternal union entre los voluntarios de Artemisa y los de la Habana; hé aquí el conjunto de esta divertida romería, que estrecha los lazos mítuos de amistad y dulce compañerismo con que están unidos, por su amor á la pátria, los voluntarios todos de la Isla.

Uno de nuestros apreciables colaboradores, Juan Camama, asistió á ella, y vino encantado del levantado espíritu de amor á España que reina entre nuestros hermanos del campo.

El coronel de milicias don Juan Suarez Argudin, alojó en su finca “La Rotunda” á unos 600 hombres de todas armas, y para todos hubo asiento y cubierto.

¿Por qué no desembarcó entónces Carlos García con su tan decantada expedición?
Buena cuenta hubieran dado de ellos nuestros valientes.

Y á fé que hubiera sido un bonito fin de fiesta.

Felicitemos á los paseantes.

Y de paso tambien, compadecemos á los encubiertos laborantes, que tenian el aspecto de la zorra *masculando* agraz, al ver reunidos tantos endiablados enemigos de su *Cubita Libre*.

Luis Napoleon fué á Ginebra.

Todos los señoritos destronados van á Ginebra; aunque me esté mal el decirlo.

Y parece que en aquel punto la muchedumbre le acosó de una manera tan poco grata, que se tuvo que refugiar en una fonda.

Nó; lo que es para tener refugios, no deja de tener habilidad. Acosado una vez por los prusianos, se refugió en el rey de los idem, y acosado ahora por los ginebrinos, se refugió en la fonda.

El día que se vea perseguido por los remordimientos, se refugia en sus narices.

Hombre es de muchas narices, y además, ahora se ha quedado con cuatro palmos de ellas.

Corren noticias alarmantes.
Se dice que de un momento á otro vendrá una ola que se tragará este cacho de tierra que pisamos.

Asustémonos, si no cuesta dinero.

Parece que esa ola es un *¡hola!* muy fuerte que soltó Manolo Quesada cuando vió que lo despedían de Nueva York.

JUAN PALOMO aconseja á sus lectores que den una vuelta por el establecimiento de cuadros del señor Masson, calle del Obispo, entre Villegas y Aguacate, donde verán todo lo más nuevo y digno de reproducirse, respecto á obras de arte y sucesos contemporáneos, en fotografías magníficas y baratas. Cópías de los mejores cuadros de la Exposición de París de 1870, de Medard, de Gustavo Doré, Bayard, Robert, Fleuri, Lefebre y Landelle, las brillantes concepciones de nuestro inolvidable y malogrado Zamacois, el magnifico retrato á caballo de Prim, por Renault, los monumentos de París y los disparates de la Comuna, todo se halla, así como las batallas de la guerra franco-prusiana, reproducido con la fidelidad y maestría que deben esperarse del buen nombre que en el mundo artístico se han conquistado los autores ántes citados. Los aficionados tienen allí mucho bueno donde escoger; pero les aconsejamos que no tarden en hacer la visita, porque pueden encontrarse con que la coleccion ha volado.

En un periódico de la Península leemos las siguientes líneas, que han llenado de satisfacción á JUAN PALOMO:

“Ha sido nombrado segundo cabo de la capitania general de la isla de Cuba, el general D. Romualdo Crespo, en reemplazo del general Cebollino, que desgraciadamente ha muerto del vómito.

Los esclarecidos antecedentes del general Crespo, cuyo padre fué capitán general de Filipinas, donde se distinguió notablemente; su limpia reputacion militar, que le hacen ser uno de nuestros pocos generales que no deben al favoritismo ni á la intriga tan alta graduacion, pues ha alcanzado siempre todos sus empleos entre el humo del combate, nos hacen felicitar de tan acertado nombramiento, y felicitamos asimismo á nuestros compatriotas de Ultramar, pues en el general Crespo tendrán el primer Voluntario de la isla, dispuesto á todo, y el más celoso defensor de nuestra combatida integridad.”

Iguales noticias tenemos del digno general que ha debido embarcarse ya para esta Antilla.

Bienvenido sea: los leales españoles saben siempre apreciar las dotes de patriotismo y de nobleza de carácter.

Pablito Iradier, el buen amigo, el complaciente cuanto distinguido aficionado, el occurrente cuentista, y por último, el celoso empleado, ha dejado de existir en esta semana.

Rafael Aznar, el consumado artista, el actor inimitable en muchos papeles, bajo cantante de la compañía de zarzuela del Sr. Albisu, sucumbió tambien en uno de estos últimos dias.

JUAN PALOMO, que los conocía y apreciaba, deplora su muerte y les desea el descanso eterno.

Parece que el abono abierto por Albisu para la compañía de zarzuela que ha contratado en la Península, vá viento en popa.

Y de ello me alegro.

La compañía es buena, tiene partes muy excelentes, la Leonardi ha hecho raya en Italia y en la Madre Pátria, y por todas estas razones, y la de que son quince las zarzuelas que van á estrenarse, me huele que vamos á pasar noches muy agradables.

Con que, si no lo han hecho ustedes, acudan á abonarse.

Refieren los periódicos franceses lo siguiente, á propósito de la revista pasada por Mr. Thiers á las tropas del campamento de Satory.

Al dar sus instrucciones los oficiales á las compañías, un jóven subteniente dijo á sus soldados.

—Mirad bien al ejecutivo cuando pase.

Al pasar Mr. Thiers por delante de esta compañía, hizo una pregunta á un soldado.

—Sí, mi ejecutivo,—contestó, como pudiera haber dicho mi teniente ó mi general.

La escena pasa en una primera representacion de un teatro de provincia.

La pieza es mala, los actores pésimos, las decoraciones detestables, etc.

—¡Fuera el empresario!—grita el anfiteatro.

—¡Fuera el empresario!—aullan los del gallinero.

Se arma un tumulto espantoso, y dominando la tempestad, se oye distintamente la voz aflautada de un chiquillo que se desgaña gritando:

—¡Fuera papá! ¡Fuera papá!
—¡Lleve Vd. á los chiquillos al teatro, siendo empresario!
Los niños son terribles.